(*Por Claudia Haiczik* *) Desde que el mundo es mundo, los hombres hablan de mujeres y las mujeres de hombres. Ellos hablan para rellenar espacios: mientras cuidan un asadito, entre partido y partido, en la sobremesa de una reunión de trabajo.

Nosotras nos reunimos para hablar. Objetivo principal. Es cierto, al mismo tiempo podemos tomar un café, sentarnos en una plaza (sin sacarle la mirada a las piruetas de nuestros chicos) o cocinar. Cuando hablamos de los hombres, en realidad estamos hablando de uno, o de una idea de hombre con la que nos relacionamos. Lo mismo ocurre cuando decimos "las mujeres". Sería un absurdo generalizar vistiendo a todos con el mismo talle. Sólo a algunos les calza.

DIFERENCIAS ENTRE LOS SEXOS

NO NOS UNE EL AMOR SINO EL ESPANTO

Suplemento de Psicología de Página/12



¿Quién entiende a las mujeres? La pregunta, un clásico de todos los tiempos desde Platón en adelante, da lugar para que una psicóloga recree aquí, con humor, los avatares de la relación entre hombres y mujeres. Retrato del cruce de reproches en torno de un malentendido que tiene sus grandezas.

Lo que ellos dicen de nosotras:

"¡Quién entiende a las mujeres!".

Los más, no diría inteligentes sino sabios, no tratan de entendernos. Se limitan a amarnos, desearnos, disfrutarnos y padecernos. Los otros, los que no lo son, se pierden en callejones sin salida diciendo que los volvemos locos. Los que son psicoanalistas se preguntan y se responden: "La mujer no existe". "En lugar de hablar de una estructura femenina debe hablarse de una estructura histérica", etcétera.

La esencia femenina está allí donde los hombres no entienden, donde nos piden que develemos nuestro misterio. Lacan les rogaba a sus colegas mujeres que dieran alguna pista. Pero no, en ese punto nos hemos limitado a sonreír. Como la Gioconda, una sonrisa que dio que hablar.

Ellas piensan sólo en eso (nuestro dinero)

No es una evidencia empírica que entre dos hombres, uno rico y otro pobre, siempre elijamos al rico para casarnos. Pero lo que sí sucede es que tanto al rico como al pobre les pedimos más dinero.

También es cierto que más allá de la connotación fálica que pueda tener el dinero se lo pedimos a los hombres porque nos cuesta ganarlo. Y eso tiene su historia. Cuando Eva fue desalojada del paraíso debió pagar su culpa con un castigo: "Parirás tus hijos con dolor". La maternidad se le presentó como la única posibilidad de saldar la deuda con Dios, utilizando el cuerpo y el dolor como medios.

Adán sufrió otra sentencia: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Trabajar y ganar dinero no son obligaciones para la mujer, ni para el hombre parir con dolor. Es acá donde los planes divinos se han invertido porque el padecimiento viene por vía cruzada. El hombre se vuelve insoportable cuando algo le duele, y la mujer trata de sostener el trabajo con mucha dificultad.

Puede hacerlo más o menos libre de complicaciones si su labor no le impide estar no toda allí, y puede dedicarse también a los hijos, la casa, las plantas y el gato. Aquellas que tienen una dedicación full time suelen relatar las peripecias y carreras contra el tiempo para cumplir también con algunos quehaceres doméstico-maternales indelegables. La mujer vive más naturalmente el esfuerzo por la crianza de los hijos que por una carrera profesional. Deberíamos inventar que se nos dice aquello que no estaba dedicado a nosotras: "Ganarás el pan...".

Algunas son ayudadas porque las circunstancias las instalan en la vía de la necesidad. A otras, las que tienen la vaca atada (llámese padre, marido o amante) les es más difícil gozar del trabajo y desear ganar dinero, aplausos o reconocimiento. Les es más difícil ganarse un lugar que pedirlo prestado.

No hay nada como las carnes duras

Desde chicas el cuerpo nos demanda mucha atención. El contacto con nuestro interior es más cotidiano que el que tienen los varones. El tocar con la yema del dedo el cuello del útero (para comprobar si el diafragma está bien colocado), el contacto con las paredes vaginales introduciendo un tampón, los pechos hinchándose y deshinchándose todos los meses, las molestias ováricas son sensaciones frecuentes. Hacer el amor por primera vez nos deja una marca en el cuerpo. El momento de vacilación entre el sí y el no toma la forma de miedo a un embarazo no deseado, o al aborto, o se presenta simplemente como un "no sé por qué no, pero todavía no", independientemente de cualquier ideología y educación.

Durante nueve lunas crecerá tu cintura, dijo el poeta, y esa muchacha en flor por la que anduvo el amor... será mamá. Pero no siempre el proceso desde el embarazo hasta el puerperio es vivido sin conflictos. Los cambios no se dan sólo en el cuerpo sino en el lugar que se ocupa dentro de la familia y de la cultura.

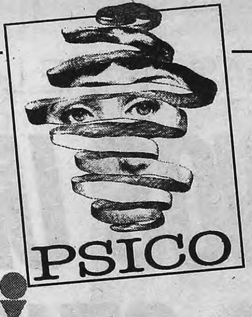
Pasan los años, aparecen las primeras canas, se dibujan las primeras arrugas y comienza la batalla de lo duro versus lo blando, lo parado versus lo caído, y lo bello versus lo gastado. Las mujeres se ubican en un lugar diferente que los hombres respecto del deterioro normal del cuerpo, se hacen cargo de su responsabilidad en detener ese proceso: cremas, gimnasia y cirugía.

El modelo de belleza publicitaria nos invita a luchar contra la ley de gravedad, "no dejar caer" nada, nunca y bajo ninguna circunstancia. Esto es muy trabajoso y, a veces, inevitable. De todas formas, tratamos de compensar la falta de tonicidad muscular con inteligencia, serenidad y seducción.

"Ellas mienten"

No se dejen engañar. Lo que parece inauténtico habla de nuestra verdad. Cuando nos maquillamos, nos adornamos o nos perfumamos, exhibimos nuestro disfraz, mostramos impúdicamente nuestros decorados de cartón, nuestros objetos de utilería.





Mentimos sin tanta culpa.

Fingimos los orgasmos conscientemente. Algunos valientes confiesan episodios de impotencia, pero muy pocos se dan cuenta cuando una mujer les miente en la cama. El hombre es cómplice porque dice no tolerar nuestra mentira y lo que no tolera es nuestra verdad. Nada más cercano a la verdad que la angustia. Nada es tan difícil de tolerar para un hombre como una mujer angustiada.

"Ellas compiten con nosotros"

Todos somos lo que tenemos y tenemos lo que somos. Parece ser que en esta carrera de tener más para ser más el hombre empieza con cierto handicap. Algunas mujeres, llamadas socialmente fálicas, se quejan de esta desventaja, y otras, llamadas socialmente histéricas avinagradas, abandonan la carrera viendo imposible la victoria.

De lo que se trata es de no competir, le dirán los hombres a alguna feminista con corte a la garçonne. "Yo con pito no compito, vos sin pito, sí compites." La feminista responderá "pito catalán".

La competencia, que está presente en todas las relaciones humanas -padres con hijos, hijos con hermanos, hermanos con amigos, amigos con colegas–, ¿por qué va a estar ausente entre hombres y mujeres? De lo que se trata no es de abolir la competencia sino de no creer que es necesario colgarnos una prótesis peneana.

"Aunque les demos, igual se quejan"

Cuando tenemos un hombre cerca, no podemos evitar la irresistible y compulsiva tentación de pedirle algo.

Le pedimos que se case, que nos dé un hijo, que gane más dinero, que nos cambie el cuerito, que nos ayude con las tareas de la casa. Que esté pendiente de nosotras, para sentirnos queridas y deseadas. Que no esté pendiente, para que podamos desplegar cada metro de nuestro rollo sin interferencias.

Le pedimos que nos sea fiel, pero no sólo una fidelidad en actos. Porque no toleramos que desee a otra. Ni que le ofrezca su debilidad y su tristeza, más que su potencia y alegría.

Le pedimos que nos comprenda, pero que nos ponga límites. Que nos diga que sí, pero también que no. Esto confunde a algunos, que se quejan de que si nos dan o no nos dan aquello que les pedimos de todas formas nos quejamos. No se trata de darnos o no darnos. Se trata de ayudarnos a descubrir lo que ped[...] mos y deseamos. El hombre que "sa[...] be" de mujeres es aquel que la ayu[...] da a descubrirse, a buscar el place[...] y encontrarlo.

Es posible no pedirle nada, dejar lo atrás de la cerradura, pero sólo re[...] negando del hombre, creyendo que sólo entre mujeres se goza (del do[...] lor, de las heridas del amor) y des[...] de allí se los invita a que miren a las mujeres, excluirlo, y se les asegura que es en vano cualquier intento.

De todas maneras, con el tiempo aprendemos a diferenciar entre ne[...] cesitarlos y desearlos, y aunque les pidamos, logramos no sólo no aho[...] garlos sino satisfacernos.

Las mujeres somos celosas, envi[...] diosas, las "brujas" de la telenove[...] la, las traicioneras del tango. Somos infieles a la idea de complemento, la cosa no nos encaja. Muchas, cuan[...] do están con su buen marido farma[...] céutico, fantasean con el atlético Vadinho. Y viceversa.

Nos creemos menos que los hom[...] bres el mito de la media naranja. La mayoría de los crímenes pasionales tienen como ejecutores a hombres. Ellos apuñalan a sus rivales, noso[...] tras nos hacemos amiga de la aman[...] te de nuestro marido. Nos creemos menos todo. Nos entregamos, pero no todas. Por eso nos gusta tanto ob[...] servar escenas masculinas donde los vemos concentrados, entregados por entero a cualquier tarea: afeitán[...] dose, preparándose una omelette, manejando una computadora. Por un ratito tenemos la sensación de que todo encaja, que no hay nada que sobra ni que falta.

Lo que nosotras decimos de ellos:

Para hablar de ellos es necesario aclarar en qué etapa evolutiva nos encontramos. Hasta los 25 decimos que se parecen bastante al rey Arturo. Les pedimos que saquen la es[...] pada de la piedra y nos la obsequien como trofeo. Entre los 25 y los 3[...] tratamos de descifrar su código. E[...] la etapa de elaboración de teorías



estrategias de seducción y de convivencia. La gran pelea.

A partir de los 35, lo que se pierde en firmeza muscular se gana en sabiduría y nos damos cuenta de que cuando dicen "pan" es pan, y cuando dicen "vino" es vino. Y si salimos con vida de la lucha y no tratamos de entenderlos ni que nos entiendan comenzamos a beber del dulce sabor de seducirlos, amarlos y dejarnos amar.

Se los educa para triunfar, ser fuertes y oponerse a los obstáculos que se encuentren en su camino. Uno de los obstáculos que se les presenta somos nosotras, o al menos algunos así lo creen. Por consiguiente, nosotras opinamos que:

"Ellos no toleran que les digamos que no"

Cualquier "no" es vivido por ellos tan catastróficamente que muchas veces me pregunté si lo toman como la negación a una cuestión puntual o a su masculinidad. Muchas veces nos vemos enredadas en discusiones ridículas donde es necesario aclararles que ellos no son nuestros enemigos, ni son poco hombres, ni tienen el pito chico. Sólo decimos "no" a la milanesa a la napolitana.

"Ellos no toleran que nos angustiemos"

Pedirle a un hombre que soporte nuestra angustia es algo que aprendemos a no hacer. En primer lugar, porque no pueden (y algunos de buen corazón realmente lo intentan). En segundo lugar, porque nos avergonzamos de la imagen que dimos y queriendo borrarla hacemos casi siempre algún desastre. Por lo tanto hay que padecerla sola o con alguna amiga. Cuando estamos con ellos podemos recurrir al "no es nada, ya se me va a pasar". Y se nos pasa.

"Ellos no toleran que les discutamos"

Cuando se trata de una discusión recurren a cualquier tipo de artimañas para convencernos de que su postura es racional, lógica y verdadera, y la nuestra irracional, ilógica y falsa.

En un principio echan mano a la lógica formal, luego a la retórica. Pero cuando se ven realmente arrinconados llegan a decir –si se me disculpa la crudeza del término– pavadas. Frente a lo absurdo de algún criterio, tenemos dos caminos: o nos enojamos y damos un portazo; o nos da vergüenza ajena y terminamos la discusión diciendo "son criterios". Lo que nunca podemos comprobar es si al día siguiente se han dado cuenta de que estaban equivocados. De todas maneras, la negación es un mecanismo que les funciona tan bien, que hasta pueden convencerse de que jamás han discutido respecto del tema.

Desde que el mundo es mundo –y aquí acuerdo con Marguerite Duras– "el hombre y la mujer son irreconciliables y es esta tentativa imposible y renovada en cada amor lo que le da su grandeza".

(*) Lic. en Psicología

Psicoanálisis y género: un campo de debate

(Por Irene Meler*) El diálogo y la controversia entre el discurso psicoanalítico y los estudios interdisciplinarios de Mujer/Género, desarrollados como correlato académico de los movimientos sociales de mujeres, ha producido una numerosa e interesante progenie de trabajos teóricos y clínicos.

Las teorías deben brindar instrumentos para la comprensión y resolución de los problemas y desafíos del mundo actual. Mientras los investigadores en Ciencias Sociales se interrogan acerca del cambio social, quienes se dedican a atender el padecimiento subjetivo de personas, parejas y familias siguen explorando el origen de los trastornos personales y relacionales, y las metodologías adecuadas para abordarlos. Estos esfuerzos tienden cada vez más a confluir, porque ya no se busca en el cuerpo anatómico la clave para la comprensión del psiquismo. Desde diversas perspectivas, se coincide en considerar a la subjetividad humana como construida en el marco de significados compartidos que reconocen una especificidad sociohistórica. *El estudio de la subjetividad se emparenta entonces íntimamente con la comprensión del campo social.*

Los estudios clásicos no consideraron en forma específica las relaciones entre mujeres y varones, ya que el lazo social se estableció fundamentalmente entre hombres. La asimilación del vínculo entre los géneros al orden de la Naturaleza oscureció tanto su carácter social como su índole jerárquica. Los desarrollos teóricos elaborados al interior de este horizonte conceptual, tales como el psicoanálisis, presentan la impronta de esta denegación, que hoy se hace evidente a la luz del conflicto y del cambio de roles tanto para varones como para mujeres. Existe una vasta producción teórica que revisita el discurso freudiano, en especial su descripción del desarrollo psicosexual de las mujeres y los criterios de salud mental implícitos en la misma. La discusión sobre este aspecto es prioritaria, ya que el esquema conceptual determina la dirección de la tarea.

¿Por qué esta cuestión resulta de actualidad? Pese a la segmentación entre los sectores de escasos recursos, que en algunos casos mantienen patrones poblacionales y familiares premodernos, y una elite que vive en condiciones de mayor desarrollo, aparecen modalidades inéditas de organización familiar y social. Se observan notables modificaciones en la condición de las mujeres y en las representaciones acerca de la femineidad y la masculinidad. Existen problemáticas actuales que reclaman tareas de promoción de la salud mental, así como estrategias terapéuticas innovadoras.

Los conflictos de pareja y su secuela de descomposición y recomposición familiar constituyen un campo que requiere ser atendido, tanto por su fuerte virtualidad patógena como por su apertura a la búsqueda de nuevos estados de satisfacción subjetiva e interpersonal.

Las mujeres adultas presentan variados conflictos debido a la tensión entre los imperativos y prácticas tradicionales y las contradictorias expectativas de la transición. La tarea de hacer compatibles las responsabilidades del rol maternal y doméstico con la creciente inserción laboral transcurre en una situación paradojal, donde la femineidad se define por la dependencia, el altruismo, la empatía y la vuelta contra sí misma de la hostilidad, mientras que el logro del éxito laboral, valor universal de nuestros días, requiere el desarrollo de un estilo personal con capacidad para competir y confrontar.

Los hombres se desconciertan ante el cuestionamiento de su dominancia, fuertemente asociada a la misma representación de masculinidad. Entre el alivio de la exigencia y la añoranza de pasados privilegios, enfrentan el desafío de crear nuevos modelos varoniles.

Los adolescentes se han quedado sin antagonista generacional. La lucha contra el poder de los padres, penosa pero estructurante, se diluye ante la permisividad y el pluralismo. Muchos presentan severas conductas de riesgo, impulsiones y adicciones. Es necesario estudiar el impacto de las nuevas modalidades familiares, y la forma en que se construye la identidad sexuada en las nuevas generaciones.

Por último, *la mayoría de los ancianos, en realidad son ancianas*, con problemas específicos en tanto mujeres, en esta época donde muchas llegan a la vejez para enfrentar la carencia de rol, el aislamiento y la pobreza.

Los psicoanalistas, así como otros profesionales del campo de la salud mental, podremos mejorar nuestro desempeño si estudiamos las problemáticas que nos convocan, sin anteponer ritualmente las pertenencias teóricas. La adscripción cuasi religiosa a un sistema de pensamiento puede ser útil para la contención personal, pero no ayuda a la resolución de problemas. Es en la ebullición del debate, de la investigación compartida, la escucha respetuosa y el disenso fecundo, donde surgirán nuevas perspectivas teóricas y metodológicas necesarias para la prevención y el abordaje de trastornos subjetivos y vinculares.

En el concierto de las voces que deben dialogar, el intercambio entre el psicoanálisis y los estudios de género, que ya reconoce una historia de más de veinte años, continuará, con la participación de todos aquellos que se interroguen acerca de las *nuevas identidades para mujeres y varones en la posmodernidad.*

** Este artículo plantea la temática del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. El Foro, coordinado por la Lic. Irene Meler, con la colaboración de la Lic. Débora Tajer y la Lic. Ruth Melnistzky, cuenta con un Comité Asesor integrado por: Lic. Luis Bonino Méndez, Dra. Mabel Burin, Dra. Emilce Dio Bleichmar, Lic. Eva Giberti, Lic. Ana María Fernández, Lic. Norberto Inda y Dra. Silvia Tubert.*